Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 20

Escrito en la piel

Pardo Fernández, Rodrigo

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/529

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

ESCRITO EN LA PIEL

Rodrigo Pardo Fernández*

Las callosidades marcan mis manos con signos que reconozco con facilidad, remitiéndome a distintas imágenes de mí mismo: caminando con el agua hasta las rodillas por los arrozales, agitando una larga vara de bambú; arrastrando el carromato cargado de frutas hasta el mercado del pueblo; caminando hasta el puerto, en busca de un horizonte marítimo que eludía los resultados de una guerra civil que sacudía al país todo.

Miro las líneas de mis palmas y contemplo la ruta que me llevó hasta esta cala húmeda y maloliente, donde el bamboleo del barco agita hombres y execrencias. Lo único certero es el tacto rugoso del pasaporte mexicano que escondo en mi pecho, como una reliquia, un salvoconducto hacia otro mundo distinto de la China.

Otros viajeros acostumbran jugar damas o *go*, riéndose entre dientes, habiendo gastado sumas cuantiosas en documentos falsos, visas de sellos borrosos, evitando así la persecución policial. Largo tiempo deambulé, por mi parte, en torno a la embajada mexicana para tramitar unos papeles en regla, dentro de una legalidad que pareciera extraña en el caos que agita los cantones.

Arribamos a Mazatlán en la tibieza de la madrugada, y lo primero que sentí fue el aire enrarecido del exterior en relación con el encierro del

* Profesor de asignatura adscrito al Centro de Difusión Universitaria, UIA Puebla.

viaje, los aromas particulares de un continente desconocido: las frituras del muelle, las frutas, el sudor de los cargadores en su ordenado trajín.

Caminé por las calles con el lodo alto en las perneras del pantalón, maldiciendo el mal clima y la lengua torpe de los mexicanos, hasta que observé unos caracteres indistintos, asiáticos, sobre unas puertas de cristal, que pregonaban la existencia de un restaurante y su nombre: "La primavera". Entré cargando el saco sobre el hombro, inclinado el torso. El patrón se presentó como Hou Liu, y me ofreció tras algunos ruegos un trabajo en la cocina. Podría dormir en el piso tras la barra, y comer algunas sobras del servicio diario. Debía comenzar de alguna manera, y me quedé.

A poco fui conociendo a los clientes habituales de origen chino, miembros de la logia masónica Chee Kung Tong. Los rodeaba un halo de poder que se evidenciaba en su vestimenta pulcra, al modo occidental, en sus gestos de mando. El jefe indiscutible, Liu Hoi Pien, apenas hablaba.

Con el paso de los días distinguí los bandos que se erguían como puntos de referencia: la célula del Partido Nacionalista Chino y la logia. No cabían tibiezas: o se estaba con ellos o contra ellos.

Opté por la logia, es decir, el poder. La decisión pasó por mis manos, en cada traste que limpiaba y enjuagaba, pensando en la mirada de Hoi Pien, en las cuidadas uñas de sus dedos.

Comencé como mensajero, por las noches, recorriendo caminos de tierra que llevaban a ninguna parte, o a Los Mochis, Culiacán, un pueblo de pescadores de cara al Pacífico. Sólo llevaba un mensaje, lo suficientemente claro para cualquiera que participara en la logia: los trazos en tinta del nombre que regía el destino de los asiáticos en Sinaloa, Hoi Pien. El trozo de papel viajaba escondido en mi palma derecha, confundido con las líneas de la vida y la muerte. Era una orden clara, que tenía por objeto mantener el *status*, el reconocimiento de un poder tácito.

Sólo podía cambiar su significado un nombre, el de un sujeto cualquiera, que acompañado por la nota era una clara sentencia de muerte.

Me acostumbré a las idas y venidas, hasta que una tarde, en la recepción olorosa a maderas e incienso de la logia recibí el acostumbrado mensaje, apenas un recorte de papel de algodón, y unas palabras: Hou

Liu, dueño de "La primavera". La otra mano, sudorosa, recibió un revólver pesado, tibio.

Pensé un momento en los olores de la cocina, en los pasos de Liu marcando el ritmo de cada día, delimitando en derredor mío un espacio similar a las tablas embreadas de un barco de fondo maloliente que navega hacia un puerto desconocido. Entreví una escotilla, una posible vía de escape.

Caminé con paso firme hasta el restaurante, donde sabía el patrón hacía cuentas hasta tarde. Entré por la puerta trasera como acostumbraba, viendo el filo de luz de la lámpara de queroseno sobre el piso de madera. Llegué hasta el hombre cubierto de una camisa holgada que, dándome la espalda, convertía en un objeto extraño el mensaje que aferraba.

—Hou Liu —llamé.

El hombre se dio la vuelta con lentitud, dejando sobre el escritorio los billetes en ordenados montones. Miró mis ojos, el arma. Permaneció impasible.

Disparé.

Tras el edificio de "La primavera", en la noche cálida llegaba el aroma del mar, mezclado con los restos de mariscos que se pudrían en un hoyo cercano. Sostenía aún el revólver en la mano izquierda, sintiendo el metal a través de la piel marcada por el trabajo. Las señales son distintas, pero igualmente unívocas: una nueva callosidad se forma en el extremo del pulgar, haciéndose sitio entre huellas pasadas.

Me dirigí a la logia.